

El Evangelio ante la crisis antropológica causada por la pandemia

Miguel Ángel Medina Escudero

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN Casi todos los países del mundo están aquejados por el coronavirus. También la iglesia está afectada por esta situación: muchas actividades pastorales están detenidas, la catequesis sacramental, las visitas a las casas, la atención a los enfermos, etc. Los sacerdotes y religiosos también se encuentran en una u otra manera paralizados. Pero, esta crisis de coronavirus nos invita a reflexionar y a preguntarnos cómo realizar el anuncio del Evangelio en esta situación concreta; a preguntarnos qué método y lenguaje debemos utilizar para que el anuncio de Jesucristo pueda llegar a la gente. No cabe duda de que, es un momento desafiante que requiere métodos y ardor nuevos para que los pastores puedan continuar con el anuncio de Jesucristo

PALABRAS CLAVE Pandemia, covid-19, vulnerabilidad, enfermedad, el desafío de la evangelización en esta crisis.

SUMMARY *The Covid-19 crisis has struck almost all of the countries of the world. This grave situation has also bit the Church: many pastoral activities canceled as is the case of sacramental catechesis, house visits, caring for the sick, and many others. In one way or another, the crisis has also paralyzed the work of priests and religious. However, the Covid-19 pandemic does call upon us to reflect, and ask ourselves how we can proclaim the Gospel in these circumstances. What method and language must we use to preach Jesus Christ to the people? Doubtlessly, we are confronting a seriously challenging moment requiring renewed methods and zeal to enable pastors to continue spreading the Good News of Jesus Christ.*

KEYWORDS *Pandemic, Covid-19, Vulnerability, sickness, Challenge to Evangelization in this crisis.*

Ninguna situación ha impedido a la Iglesia anunciar a Jesucristo. Incluso en momentos de persecución cruenta, se ha realizado el anuncio de Jesucristo. Tampoco la pandemia de covid-19 puede impedir este anuncio. Sin embargo, es importante interpretar bien los signos de los tiempos. Cada tiempo, cada época, cada realidad, requiere métodos de anuncio apropiados de acuerdo a la situación que toca vivir. Y, precisamente, cuando una pandemia causa tanto sufrimiento, la Iglesia debe discernir que quizás sea el momento, oportunidad y signo para dejarse guiar por el Espíritu.

Nos hemos entregado en brazos del desarrollo tecno-científico, y cuando todo parecía desarrollarse con normalidad, llega un virus microscópico, burla nuestros inventos y nos aísla y encierra en el miedo. El fenómeno cuestiona seriamente la calidad humana de este deslumbrante mundo, así como la autonomía, organización y funcionamiento de las realidades seculares¹.

La Iglesia no puede ser ajena a las consecuencias que están provocando la pandemia de coronavirus y su incidencia en la crisis antropológica y religiosa consiguientes. Y, ante esta situación, no puede olvidar su misión más identificativa: la predicación del Evangelio.

I. PROFETA, ¿QUÉ ESTÁS VIENDO? ²

Dos veces, le hace Dios esta pregunta a Jeremías (Jr 1,11.13). Las redes de comunicación están todas abiertas, pero ¿hacia dónde estamos mirando? ¿Qué estamos viendo en este contexto?

Responder a la pregunta “¿Qué estás viendo?” supone ir más allá de análisis médico-económicos de la realidad. Implica también aprender a ver cómo Dios está presente en esa realidad; qué brotes de esperanza surgen en medio de los contagios y las muertes. No somos analistas profesionales, pero sí podemos adoptar la mirada de los profetas, que es una mirada capaz de atravesar las apariencias.

1 En 1943, Henri de Lubac escribía: “No es verdad que el hombre no puede organizar la tierra sin Dios. Lo que es verdad es que, sin Dios, a fin de cuentas, no puede organizarla sino contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano” (cf. “Apologética católica en el siglo XXI”, en: <https://mrsavinon.blogspot.com> [2010/02]).

2 Cf. G. CESPEDES, “La compasión en el mundo actual”, en: ENCUENTRO DE FAMILIA DOMINICANA, *En la mesa de la compasión* (Caleruega 19/7/2020) 2-3

Un logro del Vaticano II fue recuperar la misión profética de la Iglesia en medio de la humanidad. Sí, es función esencial del profeta denunciar todo lo que contradice al Reino de Dios y a la dignidad humana, pero existe otra función igualmente esencial: discernir y proclamar la presencia del Reino y los signos de vida que pueblan la historia humana y la historia de la Iglesia. El énfasis exclusivo en la denuncia también ha oscurecido la realidad y los ojos de la fe, hasta ocultar prácticamente muchas razones para la esperanza. El empeño en descubrir sólo los signos de muerte engendra un pesimismo que no es cristiano. El profeta tiene también la función de discernir y descubrir los signos de vida; la función de detectar todo aquello que está naciendo y creciendo para, así, mantener viva la esperanza.

Aprender a ver no es analizar grandes cosas, aunque cada hecho hay que situarlo en un macro-contexto, sino que es sobre todo mirar con hondura lo cotidiano, las cosas pequeñas del acontecer de la vida. Hoy necesitamos mirar, cultivar a la vez una mirada local y una mirada global, pero, para lograr este objetivo, es importante asumir el “sitio” del profeta:

- Primero, situarnos en el lugar adecuado: hay lugares que no nos dejan ver o sólo nos permiten ver una cara de la realidad. Jon Sobrino dice que desde la periferia se ve mejor que desde el centro. Desde el lugar del pobre, desde abajo, desde las periferias existenciales se ve mejor que desde arriba y desde el centro.
- Segundo, perder el miedo a ver y a vernos en nuestra verdadera realidad, en nuestra vulnerabilidad. El miedo hay que saberlo gestionar, pues nos puede llevar a cerrar los ojos o a dar un rodeo; a mirar para otro lado; a no dar la cara a los problemas propios y los ajenos. Y cerrar los ojos es cerrarnos a la compasión.
- Tercero, ejercitarnos para ver en la oscuridad. Estos son tiempos de oscuridad que exigen desarrollar esta capacidad. A veces para ver con más claridad hay que cambiar la mirada o mirar las cosas desde otra perspectiva. Como decía Saint-Exupéry: “Para ver claro basta cambiar la dirección de la mirada”.
- Cuarto, encarnar la hermenéutica de la sospecha, que no significa tener una postura negativa y desconfiada, sino una postura crítica y autocrítica; una mirada honda que nos lleva a preguntar y a desentrañar lo que está en el reverso de la historia, lo que no se ve a simple vista. Es no

aceptar pasivamente lo que se nos dice y se nos enseña, especialmente a través de los medios de comunicación.

- Quinto, cultivar una mirada holística y no dualista a la que hemos sido tan propensos. La mirada holista no es excluyente, sino incluyente. Sabe contar con el todo y sabe captar la complejidad y cómo una situación se entreteje con otra. El papa Francisco en *Laudato Si'* insiste varias veces en que todo en el mundo está interconectado en la red de la vida³. Esa fue, también, la mirada de Jesús: supo ver la realidad en su hondura y complejidad, conectando los acontecimientos para percibir la fuerza de lo que parecía insignificante. De este modo nos enseñó a mirar el reverso de la historia, para poder ver a los invisibilizados por el sistema.
- Sexto, intentar mirar con el corazón y al corazón. Ese es uno de los núcleos de la enseñanza de Jesús: Él veía con el corazón y profundizaba en el corazón de las personas. Él nos desafía a ver las cosas desde el corazón: sólo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos. Al mirar con el corazón descubrimos signos de esperanza. A veces nos preguntamos, ¿cómo vivir con esperanza en medio de un mundo roto y en medio de la vulnerabilidad y de una realidad herida? Son los ojos de la fe, el contemplar la realidad desde Dios lo que nos ayuda a encontrar motivos para la esperanza. Entonces descubrimos, que los infiernos de este mundo pueden ser también santuarios donde Dios habita.
- Y, por último, aprender a unir las miradas; a mirar las cosas no solo desde mi punto de vista, sino tomando en cuenta otras formas de mirar. Saint-Exupéry decía algo así como: Amarse no es mirarse el uno al otro, sino mirar juntos en la misma dirección⁴. Estos son tiempos de salir del individualismo y la autorreferencialidad para situarnos desde una visión comunitaria, no solo entre los humanos, sino con todas las criaturas que coexisten en esta Casa Común. Jesús nos enseña a mirar el bosque y el árbol, para prestar atención a lo que afecta a la multitud (Mt 5,1; Mc 3,5) y a personas concretas.

3 Cf. FRANCISCO, *Carta Encíclica Laudato Si'* (24-V-2015) (Madrid 2015) 16, 42, 91, 117, 138 y 240.

4 “Diez frases célebres de Antoine de Saint Exupéry”: cf. <https://www.muyinteresante.es/cultur.a/arte-cultura/articulo/10-frases-célebres>

II. LA MIRADA DEL PROFETA DE NAZARET, CAMINO PARA AFRONTAR LAS CRISIS ANTROPOLÓGICAS

Los cristianos hemos conocido a Dios en el acontecimiento Jesucristo, y la conducta humana de Jesús no se explica sin la intimidad con el “Abba”, presencia entrañable y constante de amor. Jesús experimentó y se abrió incondicionalmente a esa Presencia. Esa apertura en el amor supuso renunciar a muchas falsas seguridades y aceptar muchas situaciones conflictivas que implicaron sufrimiento y muerte.

En su pasión y muerte, trance supremo de oscuridad, cabía preguntar: ¿dónde estaba Dios? No estaba en el cielo contemplando el crimen, como reparación de su honor ofendido; tampoco estaba inactivo. Estaba dentro del Crucificado, dándole fuerza y aliento para que el amor se manifestara con toda su intensidad y pureza en la entrega dolorosa y libre a favor de los hombres. En la cumbre de la humillación y de la burla, Jesús confía en Dios y se da por amor. Por eso el cuarto evangelista concluye: “ahí tenéis al hombre”. Desde esa dimensión, Jesús propone que la existencia personal debe estar configurada de manera que pase necesariamente por la aproximación a la vulnerabilidad propia y ajena. Ser criatura implica atrevernos a entrar en lo vulnerable, porque para Dios en lo vulnerable hay posibilidad de vida.

Jesús quiso tocar lo quebradizo de la historia. Fue su constante principio de realidad. Para Jesús, esa vulnerabilidad no sólo es un estado de cosas que se constata y ante el que se pasa de largo. Su opción es acercarse a la vulnerabilidad. Reproduce existencialmente lo que la parábola del buen samaritano propone como enfoque de vida: el contacto con lo vulnerable y lo vulnerado como proyecto (cf. Lc 10,29-37). El *Vete y haz tú lo mismo* (Lc 10,37) no es un consejo puntual sino un horizonte con pretensiones de orientar toda la existencia.

En cada página del Evangelio se reflejan multitud de vidas de gente rota, inacabada, acribillada por condicionamientos de los que no se pueden eximir. ¿Cuál es la razón de que sea procedente el camino hacia lo vulnerable para que se produzca la novedad histórica del Evangelio? La respuesta no parece otra, sino que en la vulnerabilidad se ofrece una posibilidad excepcional de humanización, que termina convirtiéndose en encuentro interpersonal y comunitario con Jesucristo. Lo vulnerable es oportunidad para una unión que, sorprendentemente, aparece como una alternativa a la soledad humana.

En medio de esta crisis antropológica, el Evangelio nos ha hecho ver una gran verdad: formamos una familia ante el mismo problema. Lo que debiera unir y enriquecernos mutuamente, a menudo se convierte en razón para el abandono y alienación del otro. La covid-19 ha desnudado a los pueblos en su egoísmo, pero también ha rescatado la solidaridad como forma de supervivencia. El problema del otro y su sufrimiento son también los míos. Por eso, cuando descubro al otro herido en su ser, yo me transformo en “samaritano” y movido por la compasión tomo su causa para restituirle en su condición original, porque es mi hermano-mi otro yo⁵.

Ese descubrimiento es fuente de una esperanza que se planta retadora ante la muerte para optar por la vida. En ese sentido, la covid-19 deja caer por los suelos la quimera del individualismo y eleva, por el contrario, la potencialidad de la comunidad para construir el futuro. Somos vulnerables ¡y eso nos convierte en nosotros! La vulnerabilidad no es un sitio para huir: es el lugar para citarnos y así descubrir nuevas oportunidades para la vida.

Durante este tiempo, en estas circunstancias inesperadas e inabarcables que estamos viviendo, nos preguntamos: ¿qué quiere, qué espera Dios de nosotros? Al ver las imágenes de tantos hospitales surge, casi de modo inevitable, esa imagen de la Iglesia como “hospital de campaña” a la que tantas veces alude el papa Francisco. Desde la situación en la que nos encontramos, la Iglesia ha de transformarse en ese permanente “hospital”⁶, desde donde habrá de fluir la misericordia de Dios para todos los necesitados.

En Mt 9,35-38, leemos cuáles eran los motivos del ministerio de sanación de Jesús: la razón, por la que sanaba a las personas, fue su compasión ante las circunstancias difíciles que soportaban, su sufrimiento y su impotencia. Esas circunstancias le conmovían profundamente: comprendía que, si él no

5 Cf. R. GOMES, “Covid-19: algunas lecciones de ética de un virus”: *Studia Moralia* 58 (2020) 22.

6 “Veo con claridad, que lo que la Iglesia necesita con mayor urgencia hoy es una capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones de los fieles, cercanía, proximidad. Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla. ¡Qué inútil es preguntarle a un herido si tiene altos el colesterol o el azúcar! Hay que curarle las heridas. Ya hablaremos luego del resto. Curar heridas, curar heridas... Y hay que comenzar por lo más elemental... ser misericordiosos, hacerse cargo de las personas, acompañándolas como el buen samaritano que lava, limpia y consuela a su prójimo. Esto es Evangelio puro”... “Yo sueño con una Iglesia Madre y Pastora. Los ministros de la Iglesia tienen que ser misericordiosos, hacerse cargo de las personas, acompañándolas... El pueblo de Dios necesita pastores y no funcionarios clérigos de despacho. Los obispos, especialmente, han de ser hombres capaces de apoyar con paciencia los pasos de Dios en su pueblo, de modo que nadie quede atrás, así como de acompañar al rebaño, con su olfato para encontrar veredas nuevas” (Entrevista concedida a A. Spadaro, el 19 de septiembre de 2013, en: *L'Osservatore Romano*, Año XLV, n. 39 [2.333], [viernes 27 de septiembre de 2013]).

los ayudaba, nadie más lo iba a hacer. Jesús sanó a las personas, e invitó a los suyos a sentir la misma compasión que él sentía por los necesitados y a acercarse a ellos de la manera como Él lo hizo.

III. LA CRISIS ANTROPOLÓGICA Y SUS DESAFÍOS

La palabra *crisis* puede significar muchas cosas. Puede suponer, rendición o decisión de afrontar con valentía la situación concreta. Desde la fe en Jesucristo resucitado, las crisis son siempre un tiempo para una nueva oportunidad; de ahí que estemos llamados a convertir la *crisis* en un tiempo oportuno; transformar la *crisis* en *kairós*. Estamos ante una auténtica *crisis de fe en Dios*, que nos exige buscar una nueva gramática de la fe para responder a las debilidades a las que se enfrenta la humanidad postmoderna.

1. LA VULNERABILIDAD

Muchas pueden ser las reacciones ante este fenómeno de debilidad, u otro semejante, que pongan a prueba las instituciones, las personas y sus intereses comunes. Ante esta perspectiva podemos caer en varias tentaciones facilonas: la tentación negacionista; la del miedo que nos aísla... Podemos atribuirla al castigo divino, buscando una justificación fundamentalista para una realidad implacable, o, atribuir esta responsabilidad a Satanás y así evitar la responsabilidad personal y comunitaria de formar y crear una conciencia crítica que pueda ayudar a salvar la vida del prójimo.

Pero, hay otra lectura: esta pandemia nos ha regalado la posibilidad de caer en la cuenta de algo perfectamente humano: la “vulnerabilidad”. En la obra “La Peste” de Camus⁷ aparecen ejemplarizadas todas las actitudes, que vuelven a aparecer en la situación actual. Este fenómeno pandémico no respeta

7 Cf. A. CAMUS, *La peste* (París 1947). En su trama se puede observar la idiosincrasia humana, la solidaridad, el uso del discurso religioso como forma de manipulación, la irresponsabilidad política frente al problema, la explotación de la debilidad del otro en pro de los propios beneficios y la bancarrota de las instituciones frente a la epidemia. En esta tragedia de Camus hay muchos personajes que podrían encuadrar lo que hemos presenciados: J. Grand que cree que la plaga es sólo una falsa alarma; el P. Paneloux, el cura, trata de justificar la enfermedad como castigo divino y voluntad de Dios; R. Rambert,

clases sociales, y nos obliga a reflexionar. No debemos negarlo ni convertirlo en terror que poco a poco va reduciendo todo a una incapacidad de fomentar la esperanza y los valores humano-cristianos.

Hay algo que esta crisis antropológica nos ha regalado: la necesidad de pensar en la “vulnerabilidad”⁸, o posibilidad de ser herido. El virus ha vulnerado todos los sistemas e instituciones, y con ello todo su universo de actuación. Teológicamente, el contexto real que estamos viviendo nos debe conducir a encarnar una conciencia de la solidaridad para cuidar a los demás. La vulnerabilidad nos exige que retomemos el texto del Buen Samaritano (Lc 10,30-37) y cambiemos nuestra costumbre de “pasar por el otro lado”, para asumir la actitud de acercarnos, limpiar las heridas, cuidar, brindar asistencia, alentar a los desesperados y luchar contra el miedo y las falsas visiones divinas. Aquí viene como anillo al dedo la insinuación del Papa de convertir la Iglesia en un “hospital de campaña” ecuménico y panreligioso.

Pero esa vulnerabilidad nos lleva a otra consecuencia: estamos estrechamente vinculados por el mismo problema. La covid-19 ha desnudado a pueblos e individuos de sus egocentrismos y ha rescatado la solidaridad como forma de supervivencia. El problema del otro es también mi problema. En ese sentido la solidaridad es un acto de apertura y acogida con relación al otro, al reconocerlo como mi otro yo: por compartir la misma debilidad hemos de movernos hacia el encuentro para compartir el bien, la justicia y la dignidad que me deseo a mí mismo, él es yo⁹.

2. LA ENFERMEDAD Y LA MUERTE

En la enfermedad, el hombre se halla desnudo ante Dios. Es la paradoja a la que se refiere monseñor Claude Dagens en su libro sobre san Gregorio Magno¹⁰: cuanto más probado es el hombre en la carne, más se santifica su alma, como si las pruebas exteriores fueran necesarias para provocar el progreso interior.

un periodista francés, que al principio trata de huir de la ciudad, el Dr. Rieux que lucha contra la enfermedad; Cottard, un hombre que se aprovecha de la crisis para ganar dinero. Son personajes que no parecen tan lejanos.

8 Cf. GOMES, “Covid -19: algunas lecciones de ética de un virus”, 18-20.

9 Cf. *Ibid.*, 22.

10 C. DAGENS, *Saint Grégoire le Grand. Culture et expérience chrétiennes* (Paris 1977).

La enfermedad es una realidad terrible y dolorosa¹¹. Es expresión del misterio del hombre, de su fragilidad y, al mismo tiempo, de esa energía interior que le ayuda a ir realizándose, superando los obstáculos de la vida. Si conseguimos resistir, si damos pruebas de generosidad y amor, la enfermedad puede convertirse en un camino hacia Dios, un camino de madurez y de edificación interior. Entonces la enfermedad es una oportunidad para constituir en nosotros ese hombre perfecto, plenamente maduro, que hace realidad la plenitud de Cristo.

La enfermedad es una esperanza sublime en el gran silencio de Dios. Si el hombre se rebela contra la enfermedad, va cayendo poco a poco en una desesperación estéril, en un camino sin salida, en un rechazo agresivo y angustioso. Por el contrario, los creyentes enfermos suelen ser hombres que demuestran una paz inquebrantable. Saben que el grave declive del cuerpo ha situado su espíritu en un cara a cara íntimo con las realidades divinas: el silencio de su mirada habla de la presencia de Dios. El cardenal R. Sarah afirma con rotundidad:

la enfermedad es una manifestación sublime del misterioso silencio de Dios, un silencio amante y cercano al sufrimiento humano. La enfermedad hace escalar al hombre los distintos grados del ser. Le desvela su propio misterio, ayudándole a entrar en sí mismo para encontrar allí a Dios, que está en lo más íntimo de su alma¹².

Cuando la enfermedad se vuelve trágica, la palabra debe ceder su espacio pues ya no significa gran cosa. Hay que predicar el evangelio del silencio: acariciar con afecto al ser que sufre para transmitir la cercanía, el calor y la compasión de Dios. La ternura de una mirada es capaz de transformarse en la ternura de Dios. En esos instantes, no hace falta hablar, pues el corazón de este enfermo palpita de esperanza y abandono que lo sumergen en Dios. Por esa razón, la predicación del Evangelio debe hacerse gesto: Dios habla silenciosamente mediante la presencia de su misionado.

También está la otra situación: cuando el enfermo mortal se sitúa ante el misterio de un silencio triste, doloroso e inconsolable. Este silencio imprime

11 Cf. R. SARAH, *La fuerza del silencio. Frente a la dictadura del ruido* (Madrid 2016) 201.

12 *Ibid.*, 201-202.

en los rostros la angustia, la tristeza y el rechazo a la muerte. También en esa situación el Evangelio ha de aportar ternura y esperanza confiada: la muerte es una puerta que hemos de aceptar franquear sin ruido, porque se abre ante nosotros para conducirnos a la vida¹³.

IV. EL EVANGELIO: UN KERIGMA A ANUNCIAR EN MEDIO DE LA PANDEMIA

Para poner un poco de luz en la crisis antropológica que estamos viviendo es necesario echar mano de la fe en su perspectiva más profunda y total: la fe pascual¹⁴. La dinámica que inaugura la pascua de Cristo es distinta a todo esquema racional: la muerte es condición de la vida; el abajamiento y la humillación son condiciones de la exaltación y la gloria; el sufrimiento es la vía que conduce a la felicidad plena; la tristeza lo es a su vez de la alegría. Estas son categorías plenamente cristianas, y es difícil encontrar paralelismos o similitudes en otras instancias culturales o religiosas. Estas categorías forman parte del núcleo del kerigma cristiano.

La aplicación del principio pascual es esencial para los cristianos: el paso de la muerte en cruz a la resurrección de Cristo nos invita a pensar que también los momentos más negativos de la existencia humana, personal o colectiva, pueden dar paso a una vida nueva, más allá incluso de la muerte.

Este principio puede ser entendido de varias formas. La primera podría fundamentarse en un enfoque escatológico. En sentido cristiano, la muerte física da paso a una vida nueva que anticipa la resurrección de Cristo, pero que está reservada a todos los que le siguen. Esta clave es importante recordarla ante los millares de víctimas que está provocando el virus (durante los días que estuve ingresado, yo fui testigo del óbito de dos enfermos en mi misma habitación del hospital). Los cristianos tenemos que reivindicar que ése no es el final definitivo, y que esas muertes abren la puerta a una vida distinta en otra dimensión. No estaría de más recuperar en estos tiempos el acento más escatológico del mensaje cristiano original, que anuncia vida

13 Cf. *Ibid.*, 205-211.

14 Cf. L. OVIEDO, "Teología en tiempos de pandemia", en <https://blogs.comillas.edu/FronterasCTR/2020/04/15/teologia-en-tiempos-de-pandemia/>

donde otros sólo ven muerte o donde no habría nada que ofrecer a todos aquellos que nos dejan de una forma abrupta y en medio de una gran soledad. Ellos no son cifras de una triste estadística que nos hunde a todos en el abatimiento. Desde la perspectiva pascual, ellos son hombres y mujeres llamados a la vida nueva en Cristo, a la victoria sobre la muerte.

Otra perspectiva por anunciar, desde la Pascua de Cristo, es que todo lo negativo y doloroso que podemos vivir los hombres remite a un horizonte de transformación con la promesa de una vida mejor. La dinámica pascual encierra en sí una promesa que va más allá de las experiencias. De hecho, la Pascua ofrece un horizonte que permite atravesar cualquier forma de negatividad y sufrimiento con la esperanza de que se tornarán en alegría y plenitud.

También ofrece, a quienes en estos tiempos difíciles se sacrifican por los demás, una garantía de que su amor no será en vano. La idea profunda de la Pascua de Cristo es que todo el bien, que hayamos podido hacer, quedará para siempre; no se desvanece ni muere, sino que se proyecta hasta la eternidad. En Cristo muerto y resucitado tenemos la certeza de que nuestro amor, todo el bien realizado, probado en las cruces de cada día, tendrá recompensa eterna y nunca será olvidado por Dios.

Otro posible enfoque evangelizador es la decisión de compartir y asumir, sea los dolores, sea los gestos de entrega a veces heroicos que observamos, como manifestación de la gracia de Dios o presencia de su Espíritu que vive entre nosotros. Se trata de una clave más reflexiva, que nace de una mirada capaz de percibir el don de Dios y su presencia misteriosa en los acontecimientos y personas que vive la humanidad, tanto los positivos como los negativos. Esta percepción abre un horizonte de fe y esperanza: el encarnado en Cristo observa la obra de Dios, su amor presente en miles de acontecimientos y personas; percibe expresiones de la gracia, de amor y entrega.

La fe de este evangelizador se fija en lo mejor de la humanidad, aunque se revela en medio de sus heridas, porque asume una visión desde dentro de esa condición humana, con su grandeza interior. Esta óptica aprovecha y aplica en sentido fuerte la declaración inicial de la constitución dogmática del Vaticano II, *Gaudium et spes*:

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo... Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón (...) La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia (GS 1).

La Iglesia y los cristianos debemos hacer una lectura de la situación desde dentro de la misma, y no desde fuera cómo quien observa desde arriba. La fe cristiana discierne los signos de los tiempos y aprende a estar cerca y compartir, a animar a todos y a anunciar esperanza, porque ve la providencia de Dios manifestándose tanto en los que más sufren como en los que más aman y sirven a los demás.

Esta crisis puede ser un auténtico kairós, que esté obligando a replantear la fe cristiana como una “religión de salvación” y no sólo como una religión de tipo “espiritual”; redescubriendo y recuperando su carácter de buena noticia que ayuda a las personas de nuestro tiempo a afrontar y superar estas dificultades o situaciones de crisis.

Todas estas perspectivas han de girar natural y estrechamente sobre la gran profesión de fe, el kerigma más esencial: “Jesús vive y es el juez de la historia”, pero poniendo el acento en la gratuidad. Este evangelio de la gratuidad es el remedio adecuado ante la situación que nos toca vivir. Es el evangelio más acorde con la debilidad y la humildad: dejarse hacer es más difícil que hacer. Es la aceptación de tu situación y el amor generoso de Dios lo que permite tu “hágase”, que expresa la aceptación del amor que Dios te tiene y te “levanta” de una situación de postración antropológica y psicológica.

Desde la fe, el cristiano que afronta la debilidad de la realidad humana no es un ser superior a nadie. Cada día seguirá tocando su pecado y su postración; vivirá en contacto con sus miedos y necesitará el perdón, pero con una característica diferenciadora: confesará que Jesucristo le ama, y quiere que todos se acerquen a Él para ser librados del temor a la tragedia de vivir sin fe ni esperanza.

Este será el gran servicio que el Evangelio puede aportar. La pandemia ha situado a la humanidad en una situación de miedo, que sólo se podrá vencer mediante esa fe en Aquel que vive y gobierna amorosamente la historia de cada uno de nosotros.

“Jesús es el Señor”, fue la fórmula de fe profesada, celebrada, vivida y anunciada por los primeros cristianos, tras la experiencia del encuentro con

Cristo resucitado. Esa fórmula resume la “entrega”, sin apoyos racionales. O crees, o no crees que está Resucitado y vive contigo para siempre, haciendo realidad su misma palabra: “estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los tiempos” (Mt 28,20). Ésta es la profesión que proclama el señorío de Jesucristo a propósito de la pandemia que estamos sufriendo.

Frente a la situación de enfermedad, cuando parece que todo está perdido y no queda más que la rebelión desafiante, aparece la confesión: a pesar de todo Jesús sigue siendo el Señor. No podemos aceptar que la covid sea instrumento, un lugar o fuente de conversión, pero sí puede ser una ocasión para dejar que el evangelio vuelva a resonar allí donde nuestro orgullo y soberbia tecnicista le había dejado olvidado.

Tras pasar por la experiencia de la debilidad extrema, cercana a la muerte, el kerigma no puede ser otro que el predicado por Pedro: Jesús vive y es el Señor de la historia, de la tuya y de la mía (cf. Hc. 2,36). Aceptar esta verdad motriz es tener una firmeza segura frente a la debilidad y carencia de toda seguridad; y, al mismo tiempo, aparece la gracia que “te hace” vivir y ver la vida de otra manera. Y en ese mismo instante, percibes que, en tu debilidad, se inscribe la gran fortaleza del amor de Dios.

Esta debilidad se transforma en alegría y agradecimiento para, a continuación, volverse contagiosa y comunicativa. La alegría de esa “buena experiencia” se transforma en motor de una actividad comunicativa que quiere que todos disfruten y destierren de sus existencias el temor¹⁵.

La contemplación del sufrimiento en nuestro entorno debiera exigir del cristiano una mayor fuerza para el anuncio del evangelio de Jesucristo, un anuncio explosivo de la misericordia de Dios, que no viene a juzgar y conde-

15 El 2 de mayo el papa Francisco animaba a “aprender a vivir en momentos de crisis”, a mantenernos firmes en la convicción de la fe, especialmente cuando la fe debe cruzar una crisis. En tiempos de crisis tenemos la perseverancia, el silencio, quedarse donde estamos, parados. No es el momento de hacer cambios. Es el momento de la fidelidad, de la fidelidad a Dios, de la fidelidad a las decisiones que hemos tomado antes. Pero, también es el momento de la conversión porque esta fidelidad nos inspirará algunos cambios para bien, no para alejarnos del bien... Momentos de paz y momentos de crisis. Los cristianos debemos aprender a manejar ambos, pero en especial agradecer los segundos, porque mediante esos momentos de crisis, aprendemos a atravesar el fuego de la purificación para fortalecernos y así poder pasar a los momentos de paz. Un momento de crisis es un momento de elección, un momento que nos pone frente a las decisiones que tenemos que asumir, y esta pandemia es un momento de crisis, personal y social, cf. “Aprender a vivir los momentos de crisis”. Celebración matutina del papa Francisco en la capilla de la Casa Santa Marta (2-V-2020), en www.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2020/documents/papa.

nar, sino a darnos la oportunidad de “recibir”, en nuestra abismal necesidad, la gracia de su cercanía y acompañamiento.

Ante la gran pregunta, tantas veces formulada: ¿dónde está Dios cuando ocurren estas desgracias? Mons. Juan Carlos Elizalde escribía: “la respuesta de Dios al mal es su Hijo”. Él ha asumido el mal; lo ha cargado sobre Él; ha tocado las raíces del dolor humano y por eso acompaña desde dentro a toda la humanidad. Paralelamente, el poeta francés, Paul Claudel, escribía: “Jesús no ha venido a quitar o explicar el dolor humano, sino a llenarlo de su dulce presencia”¹⁶. Dios no se ha librado de las consecuencias negativas de su creación. No quiso desentenderse de este mundo nuestro. Mediante la Encarnación del Hijo comparte nuestra suerte en su forma más vulnerable y con todas sus consecuencias. Y en “el dolor y en la muerte no se ha ahorrado, no ha dejado de amar y se ha dado hasta el extremo y libremente”¹⁷.

Esta conmiseración divina aporta fortaleza y razones suficientes para afrontar la gran prueba:

- Primera, la experiencia de ser cuidado y querido por Dios nos permite valorar los acontecimientos de forma diferente. Cuando el cristiano deposita su confianza en Él, intentando al tiempo resolver la situación en lo posible, se produce una percepción subjetiva de control sobre los acontecimientos, que resulta fundamental para superarlos. Dios nos ama y nos quiere en todo momento. Uno ya no vale por lo que hace, ni por cómo lo hace, sino por ser amado por El. Tampoco necesita resolverlo todo obsesivamente, sino que puede permitirse abandonarse en Dios, dejar en Él su voluntad, aceptar que las respuestas nos las vaya dando a través de la misma vida.
- Segunda, la experiencia de Trascendencia es un regalo para “descodificar” los hechos. Sabemos que Él existe, que Él nos ama: entonces nada de lo que acontece es absoluto. Lo absoluto está en Él, y todo cuanto sucede queda supeditado a Él. Desde esta seguridad, disminuye la carga emocional negativa que generan habitualmente los acontecimientos estresantes, sobre todo cuando no hay posibilidad de cambio.

16 Citado en el comentario de la Archidiócesis de Madrid: “No hacen falta tantas palabras. Es mejor que hable solo el amor”: en <https://oracionyliturgia.archimadrid.org/2020/08/22/>.

17 Cf. J. C. ELIZALDE, “¿Dónde está Dios?”: *Ecclesia* 4025 (2020) 14.

- Tercera, la confianza en el Amor da un significado especial a los acontecimientos peores de la vida, en especial a los que resultan más dolorosos. Dar un significado a la tragedia constituye probablemente el elemento central a la hora de afrontar y superar adecuadamente este tipo de hechos.
- Cuarta, la fe, que sana y conforta, se asienta en la experiencia de amor que vivo repetidamente en mi oración. Fundamentalmente, la oración nos abre para la relación con los otros y para la intimidad con Dios. En la oración, la persona se acepta a sí misma en su limitación y en su debilidad, permitiendo que desaparezcan los sentimientos negativos y vuelva a él el Amor de Dios, que cambia el significado de los hechos.
- Quinta, la fe en Cristo no tiene sentido sin la presencia de los otros, de los hermanos. De todos aquellos a quienes necesitamos para ser nosotros mismos y que, a su vez, nos necesitan. La dimensión relacional cobra mucha mayor profundidad cuando la enfermedad es iluminada por la fe. Y, a su vez, la experiencia de sentirse acompañados por personas, que experimentan el mismo y hondo sentimiento de ser amados y cuidados por Dios, ofrece un apoyo fundamental para superar las situaciones difíciles de la vida. La comunidad es otro gran regalo de Dios que Jesús hace evidente a lo largo del Evangelio.

V. LA COMPASIÓN: ACTITUD BÁSICA Y MOTIVO PARA PROPONER EL EVANGELIO EN LA ENFERMEDAD DE LA COVID

Sólo desde la compasión, el evangelizador predicará, como buena noticia para un mundo herido, el Evangelio. Sólo desde la compasión es posible anunciar el Evangelio a los pobres, las víctimas y a todas aquellas personas que necesitan ser acompañadas y sanadas en su fragilidad.

Las dos vertientes de la compasión –por Cristo y por los hombres–, crecen al mismo tiempo y con idéntica intensidad en el evangelizador: son las dos caras de la misma experiencia. En contacto con la humanidad, el apóstol siente acrecentarse su experiencia de Dios, y esta experiencia se transforma en compasión por Él y sus hijos. Por esa razón, la compasión será el motor animador de cualquier ministerio evangelizador.

Al contemplar, correlativamente, el amor de Dios y la situación de los hombres se ve urgido por una predicación compasiva y una oración constante, provocando una espiritualidad de encarnación que se traduce en gestos de compasión. Aparecen, así, las dos fidelidades que constituyen el eje de la vida de todo apóstol, reproducción de las dos fidelidades de Jesús: fidelidad al Padre, con quien dialoga intensamente y fidelidad a los hombres para quienes el Padre ha concebido un designio de salvación y liberación. La exquisita sensibilidad del “cristificado” le hacen ver el drama interno de los infectados y moribundos. La enfermedad, las dudas, el pecado, la incredulidad... y hasta la muerte, tocan la fibra de su compasión. Comprende que la compasión es el sentimiento animador del ministerio público de Jesús, raíz de todas sus actividades y motivo último de muchos de sus milagros.

Por esta misma razón, la Iglesia, cuando asume la misión y mandato del Señor Jesucristo a sus discípulos: “¡Id a anunciar la Buena Noticia!”, no mira ni atiende a otras circunstancias nada más que al cumplimiento de este mandato, aun cuando la alegría del anuncio de Cristo¹⁸ puede resultar difícil en tiempos dramáticos y de confusión.

La covid-19 ha revelado dos perspectivas que quizás no hemos tenido en cuenta hasta el momento: el ser humano es un ser precario, pero con una existencia abocada hacia el futuro. En suma, la pandemia evidencia nuestra contingencia, pero provoca que también emerja el deseo incontenible de vida y seamos conscientes del don que representa. En ambos casos, el Evangelio es pertinente y necesario para hacer coexistir nuestra precariedad y nuestra vitalidad.

La enfermedad es un desafío a la Iglesia global a responder con la misma compasión de Jesús. En Mt 9,35-38, se nos ofrecen las razones del ministerio sanador de Jesús: Él comprendió conmovido las dolorosas circunstancias de sus contemporáneos, originando que pusiera su corazón y su poder al servicio de los pobres y necesitados. De ese modo, Jesús “tocó” lo quebradizo de la historia: fue su constante principio de realidad. Su opción fue, y lo establece como medida de seguimiento, acercarse a la vulnerabilidad humana. En la parábola del buen samaritano propone cómo ha de ser el contacto con lo vulnerable y lo vulnerado como proyecto (cf. Lc 10,29-37). El *Vete y haz tú*

18 Cf. A. GUTIERREZ, “Coronavirus. Un análisis sobre la religión en la epidemia”: <https://www.eldia.es/sociedad/2020/05/05/dios-covid-19-dialogo-posible...>

lo mismo (Lc 10,37) no es entonces un consejo puntual: es un horizonte con pretensiones de orientar toda la existencia¹⁹.

El Evangelio refleja que la historia está repleta de gente rota, inacabada, acribillada por condicionamientos de los que no se pueden escapar. Tal convicción es palpable en la praxis taumatúrgica de Jesús²⁰. Para Jesús, la vulnerabilidad aporta una posibilidad de humanización y termina convirtiéndose en encuentro interpersonal²¹. En ese sentido, la covid-19 puede ir transformando la quimera del individualismo y eleva, por el contrario, la potencialidad de la comunidad para construir el futuro. La vulnerabilidad no es un sitio para huir, sino un lugar para citarnos y así descubrir nuevas oportunidades para la vida²². Se nos ha otorgado una bienaventurada ocasión para reflexionar y asumir que:

- El sufrimiento traído por la pandemia urge la compasión y la misericordia: enfermos, muertos, hospitales desbordados y profesionales de la medicina transidos de tristeza... son el universo al que la Iglesia ha de dirigir su atención más compasiva y misericordiosa, convirtiéndose en palabras del papa Francisco, en ese “hospital de campaña”, donde laboran todos los samaritanos de corazón evangélico. Frente al sufrimiento, la primera voz del Evangelio ha de ser una compasión operativa, destinada tanto a las necesidades de las personas, familias o pueblos, como a abrazar su vida; convertirse en compañía y sostén; dar testimonio del amor de Dios que nunca nos abandona. Este compromiso, anuncio y testimonio, debería ser asumido tanto a nivel comunitario como parte de cada uno de nosotros²³.
- Hemos de detectar con sabiduría y discernimiento las inquietudes que están brotando en las personas. La sabiduría que brota del Evangelio aporta “la sabiduría para interceptar, detectar y discernir las más pro-

19 “La misión es una pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo. Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene, pero allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y se dirige llena de cariño y de ardor hacia todo su pueblo. Así redescubrimos que Él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado. Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia” (EG 268).

20 Cf. P. LAIN ENTRALGO, *Mysterium doloris: hacia una teología cristiana de la enfermedad*, (Publicaciones de la Universidad Internacional “Menéndez Pelayo”, Madrid 1955).

21 GUTIERREZ, “Coronavirus...”

22 Cf. *Ibid.*

23 Cf. R. PELLITERO IGLESIAS, “Desafíos de la evangelización en tiempos de pandemia” (7 de agosto de 2020), en: <https://carfundacion.org/expertos/desafios-de-la-evangelizacion-en-tiempos>.

fundas inquietudes, preguntas y anhelos que están emergiendo desde las fibras íntimas de las personas” de las familias y de los pueblos. Nadie debería distraerse de lo que está pasando, encerrándose en una indiferencia, frente al destino personal y social. “Las experiencias fundamentales de la vida, muchas veces sorprendentes e imprevisibles, son como las grietas por donde emerge el misterio implicado en la realidad, no como algo oscuro o irracional, que no podemos controlar y dominar, sino como apertura connatural de la misma realidad”²⁴.

En este discernimiento encontramos, en efecto, numerosas pistas para colaborar en la evangelización de las personas y de la realidad que nos rodea e interpela. Muchos son los desafíos que la pandemia plantea a la Iglesia²⁵.

Los destinatarios de la *Carta a los Hebreos* vivían una situación análoga. Su fe cristiana se debilitaba, flaqueaba su esperanza y sentían la tentación de dar marcha atrás. El autor de la Carta apela a numerosos recursos para neutralizar el abatimiento de los exilados y avivar su esperanza. Uno de esos recursos es invitarlos al optimismo teológico, a leer la situación en clave positiva, a descubrir todo lo que en la comunidad hay de fidelidad y de gracia. Esta enseñanza es esencial también para nuestro tiempo.

Para avivar la esperanza, hoy, hemos de mirar al mundo y la humanidad con “optimismo teológico”. Un optimismo es sano cuando, sin ignorar lo que en la realidad hay de negativo, sabe ver también lo que en ella hay de positivo y, sobre todo, las posibilidades de futuro que ofrece. Ni todo en el mundo y en la humanidad es negativo, ni el presente es la última posibilidad de la historia humana. Y un optimismo es teológico cuando está inspirado por la fe, cuando parte de dos supuestos teológicos: esta creación es fundamentalmente buena porque es obra de Dios; y segundo, la nuestra es una historia de salvación y redención.

Varios factores han rebajado el optimismo teológico de la comunidad cristiana en estos últimos años. Entre ellos destacan los Medios de Comunicación Social. Parecen recrearse en las noticias dramáticas. El resultado es una visión catastrófica y pesimista del mundo y de la humanidad. La realidad

24 Cf. G. CARRIQUIRY, “Tareas y desafíos de la Iglesia en tiempos de pandemia” (Conferencia “on line” del Dr. Guzmán M. Carriquiry (8 de julio de 2020), en <https://www.forumlibertad.com/tareas-y-desafios-de-la-iglesia-pandemia>

25 Cf. Videomensaje del papa Francisco al IV Encuentro mundial de jóvenes, organizado por “Scholas occurrentes” y “World Ort”, (Ciudad de México, 5-VI-2020), en <http://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/pont-messages/2020/>

queda así ennegrecida de tanto acentuar sus aspectos negros, de forma que nuestra mirada se oscurece, y corremos el riesgo de perder la sabiduría para mirar la historia humana desde su lado menos luminoso. Descubrir los signos de vida, para avivar la esperanza, es un ejercicio urgente en nuestros días.

Todo el que afirme que el ser humano, hombre o mujer, es radicalmente pecado pone en cuarentena la bondad de la creación y coloca bajo sospecha sistemática la bondad –herida ciertamente– del ser humano. Puede que internamente exista una buena intención: afirmar la obra de la gracia. Pero, si la gracia ha de agrandarse a fuerza de negar esta creación, será difícil dar credibilidad a la esperanza cristiana. Desde ese pesimismo teológico es imposible juntar creación y redención o reconciliar la esperanza cristiana y las legítimas esperanzas humanas. Cuando la esperanza cristiana y las esperanzas humanas caminan por sendas contrapuestas, ambas terminan por debilitarse o agostarse.

Por esta razón, es urgente detectar y reconocer los signos de vida presentes. Es tarea que ha de ser realizada por cada persona y comunidad en su contexto social e histórico. Pero ya aquí podemos avanzar algunas áreas para esta ejercitación. La mayoría de las personas están más próximas a la bondad, a la justicia, a la honestidad, al pacifismo, a la solidaridad... que a los extremos contrarios. El hecho de que estas personas no sean noticia no resta importancia a sus actitudes y compromisos silenciosos.

Gracias al discernimiento, don del Espíritu, la Iglesia puede hallar pistas para colaborar a la evangelización prestando mayor atención a los signos de la realidad que nos animan, a la vez que nos ofrecen pistas para educar en el sentido, gratitud y belleza de la vida²⁶, y vivir ese discernimiento anclados en la unión personal con Cristo y que desemboca indefectiblemente en la responsabilidad frente al universo que le rodea.

Es urgente potenciar la responsabilidad evangelizadora de “todos” los bautizados. Como decía el papa Francisco, los cristianos somos “anunciadores de vida incluso en tiempos de muerte”²⁷. Esto no se refiere solo a la muerte

26 Cf. *Ibid.* El Papa envió su videomensaje a los miembros de *Scholae Occurrentes*, un proyecto educativo que invita a la cultura del encuentro. El Papa invitó a aprovechar las crisis para que la humanidad avance.

27 Cf. FRANCISCO, *Homilía en la Vigilia pascual* (11-IV-2020). Cf. <https://www.aciprensa.com/noticias/pascua-2020-homilia-del-papa>. El Osservatore Romano, en lengua española, del 17 de abril de 2020, incluye las homilias y mensajes completos y oficiales del papa Francisco en la Semana Santa que están encabezados por la cita de tapa “Anunciadores de vida en tiempo de muerte”.

física sino también a la “muerte social”, consecuencia de la inequidad y la exclusión, de las guerras y el hambre. Son precisas las palabras del mismo Pontífice en la Isla de Lampedusa, cuando abogaba por una decidida sacudida de la modorra que nos puede encerrar en la “gran burbuja de la indiferencia”²⁸.

Este tiempo y situación nos convocan a reavivar la certeza esperanzada en la victoria del Señor resucitado sobre la muerte²⁹. Vida y muerte se confrontan de modo tan patente, en su forma física y social, que urge la voz de la Iglesia anunciando la vida precisamente cuando la muerte parece dominar el horizonte.

Hoy, nuestra responsabilidad de cristianos se hace voz de Dios, quien nos pide que seamos testigos anunciadores y constructores de una esperanza en una vida más humana para todos, no obstante las dificultades. Si callamos los cristianos, nuestros hermanos seguirán padeciendo el infierno de una vida sin esperanza ni futuro.

Para ello será necesario renovar nuestro nivel de aceptación de la acción de Dios. Pues, en efecto, ante la pregunta tantas veces formulada estos meses sobre si saldremos mejores o peores de la pandemia, se impone una respuesta en un plano más profundo: sólo hombres y mujeres nuevos serán capaces de afrontar con realismo, razonabilidad y esperanza los tiempos nuevos, tremendamente difíciles, que seguirán a la pandemia.

Se necesita un cambio de mentalidad y de vida, que nos sitúe lejos de cualquier voluntarismo pelagiano, cansancio escéptico o moralismo meramente humano; pues sólo los que vivan en este horizonte, fiel al hombre y fiel a Dios, serán los que puedan liderar esta compleja reconstrucción. En este espacio entraría, de modo particular la conversión de los “pastores” del Pueblo de Dios, que por su oficio de mediadores tienen una mayor responsabilidad para así acercarse samaritanamente, en el sentido de una mayor proximidad misericordiosa, solidaria y misionera a todos los miembros del Pueblo de Dios. El futuro habrá de ser vivido por hombres y mujeres que dejen espacio a la acción del Espíritu Santo.

Pero, todavía nos falta algo: además de anunciar es urgente vivir la fraternidad y la cercanía compasiva. El autor de *Hebreos* apela a la compasión y la misericordia para avivar la esperanza de una comunidad probada

28 Cf. Ib., *Discurso en Lampedusa* (8-VII-2013).

29 Cf. Ib., *Homilía en la Vigilia Pascual* (11-IV-2020).

(Heb 4,15; 5,2). Poner compasión y misericordia en esta crisis es otro camino para avivar la fe en la Buena Nueva. Dicho de otra forma: la fe y la esperanza humana y cristiana deben alimentarse de compasión y misericordia, porque somos seres vulnerables y vivimos en una historia llena de heridas. La mirada y la relación compasiva y misericordiosa con el mundo y la humanidad requieren algunos presupuestos básicos:

A nivel personal supone la disponibilidad para gozar y padecer con los demás; no cerrarse en sí mismo por miedo al contagio, pues todo lo contrario a la solidaridad con las víctimas; no empeñarse en ser felices en solitario. La compasión se refiere también a la pasión del gozo y de la alegría. Quien no es capaz de compartir la alegría con los demás, no será capaz de compadecer a nadie ni de ocuparse de las heridas que la historia va dejando.

A nivel sociológico, la compasión y la misericordia suponen colocarse en la periferia o en las fronteras, en el lugar de las víctimas, donde la pasión es mayor y la fe y la confianza son más urgentes.

Pero, aún es más profunda la exigencia evangélica a nivel eclesial. La confesión de fe de la fraternidad universal de los redimidos por Cristo no puede dejar de lado la exigencia de mirar al mundo, no como un enemigo, sino como un compañero de camino, vulnerable y herido. Sólo una Iglesia samaritana es capaz de compasión y, por consiguiente, de predicar la Buena Nueva y de hacer presente la misericordia de Dios a todos los hombres.

El Evangelio proporciona una forma de estar y de relacionarse con el mundo y la humanidad. Aun con toda su carga de heridas y pecado, la humanidad es la creación predilecta de Dios, su lugar de habitación y el medio elegido por Él para realizar su historia de salvación y liberación, de encarnación y redención... Esto debería bastar para mirar y relacionarse con el mundo con simpatía, compasión y misericordia. Pero aún hay otra razón para la evangelización compasiva: desde nuestro seguimiento de Cristo nada humano debería resultarnos ajeno, y menos el dolor que es la revelación más concreta de nuestra condición humana. Compartir humanidad significa ser fraterno, vivir en sintonía y compartir la historia de salvación.

Sólo este modelo de mirada y de relación con el mundo abre el camino a la Palabra de Dios. Esto plantea un problema de ubicación: colocarse en el lugar exacto es la condición primera para encarnarse y predicar el Reino y hacer visibles sus signos. Y, el lugar exacto es el lugar de las víctimas, de cualquier víctima de cualquier crisis.

¿Desde dónde contemplar y relacionarse con el mundo para iniciar una historia de compasión, de misericordia y de compartir la fe? Sólo dos ejemplos. Podemos y debemos contemplar al mundo y a la historia humana en vivo y en directo, pero sólo lo haremos si caminamos por el lugar donde se encuentran las víctimas. Contemplar la pasión del mundo en vivo y en directo tiene varias consecuencias: el contacto con el dolor y la alegría hace imposible la insensibilidad y la indiferencia por mucho tiempo. A cualquiera se le rompe el corazón y se le conmueven las entrañas cuando contempla el dolor de frente. Nos permite ver las posibilidades de reacción, aunque sea poniendo pequeños gestos que aviven la esperanza de las víctimas.

Finalmente, no podemos olvidar que esta tarea debe ser realizada mediante la unidad y la fraternidad de una comunidad que anuncia, vive, celebra y testimonia activamente el evangelio. El buen samaritano del evangelio está siempre presto para gozar y padecer con los demás; ni cambia de camino ni se encierra por miedo al dolor que implica la solidaridad con las víctimas. La comunión fraternal le exige no pretender ser feliz en solitario. Quien no es capaz de compartir la alegría con los demás, no será capaz de compadecer a nadie ni de anunciar la Gran Noticia.

VI. CONCLUSIONES

La Iglesia ha atesorado experiencias frente a otras situaciones de emergencia y epidemia. Sabemos que hay tres funciones clave que la Iglesia puede desempeñar en esos tiempos:

Como Iglesia, estamos llamadas/os a ser una voz que calma y da tranquilidad, afirmando que Dios está con nosotros. Y, desde esa convicción, construir esperanza y sostener un sentido de comunidad. Como iglesia debemos tener una voz de paz y tranquilidad: la única certeza a la que podemos aferrarnos es que Dios está con nosotros y no debemos perder de vista esto en medio al pánico. Este tiempo es una oportunidad importante para que la iglesia se conecte con la misión holística de Dios en el mundo.

También será importante que la tarea evangelizadora o ministerio de la palabra aborde la brecha emocional. Es cierto que se ha ido ofreciendo información sanitaria más o menos buena, pero no se ha tocado el lado emocional:

cómo las personas estaban respondiendo al brote. Ha habido, y hay, muchísimo miedo, sospecha y culpa, Es el momento para construir esperanza; y fomentar la atención y el apoyo seguros y apropiados para los vulnerables. Sin olvidar la atención pastoral a otro grupo importante “las personas que se autoaislan”

La Iglesia posee el precioso depósito de la fe, y dentro de este universo hay una cuestión que no podemos dejar de lado: nosotros mismos, todos, nos hemos de pensar como una familia humana global. Las pandemias pueden originar una tendencia a encerrarse y protegerse, pero necesitamos alentarnos unos a otros para hacer lo contrario. Somos una familia humana en un hogar compartido. Esta situación ha demostrado lo interrelacionados e interdependientes que somos; formamos parte del Cuerpo de Cristo, y en Él continuamos compartiendo las esperanzas y el sufrimiento de todos los hermanos, para apoyarnos unos a otros en la oración y la acción.